

la pobreza, el trabajo y la limosna según francisco de asís y los franciscanos

Para muchas órdenes religiosas la fuerza constitutiva y orientadora de su vida son sus reglas y constituciones. Para los frailes menores (franciscanos), sin embargo, las reglas y constituciones deben explicarse e interpretarse recurriendo a la forma de vida de aquel Santo que les dió origen.

Los escritos de Francisco no muestran el más pálido reflejo de la mentalidad jurídica de su tiempo. No son una obra sistemáticamente dispuesta, como tampoco la síntesis del pensamiento del "poverello" de Asís. Francisco ni siquiera pensó en ello. Todo lo más que podemos decir de sus escritos es esto: cuando surgía un problema, cuando algún grupo de frailes se encontraba en dificultad, cuando algún hermano como fray León, fray Antonio o Clara tenían alguna duda, Francisco acudía a ellos por medio de un aviso, una carta o una exhortación. Sus escritos, pues, se distinguen por el carácter ocasional con que surgieron.

Ya alrededor de treinta años después de su muerte aparece la

primera colección de sus escritos. En los decenios sucesivos irán surgiendo otras colecciones más completas. Actualmente, gracias a recientes estudios, podemos distinguir los escritos genuinos de aquellos falsamente atribuidos a Francisco, y llegar así al verdadero pensamiento del Santo (1).

EL VERDADERO LUGAR DE LA POBREZA EN LOS ESCRITOS DE FRANCISCO

Las órdenes franciscanas han desenfocado a menudo el pensamiento de Francisco, cargando las tintas sobre algunas virtudes de su fundador y dando un valor absoluto a aquello que era un medio muy importante y nunca tuvo, sin embargo, la categoría de fin. Así, durante los siete largos siglos de existencia de los frailes menores, la pobreza ha constituido permanentemente su caballo de batalla. En su nombre se han librado dolorosas luchas tanto en el seno de la Orden, como fuera de ella, ante la Santa Sede, llevándola a es-

cindirise en numerosas ramas. Aun después de eso ha constituido la base de los diversos comentarios e interpretaciones legalistas de la Regla de San Francisco, en su afán por codificar aquélla que sólo es comprensible y realizable gracias a la fuerza del Espíritu del Señor.

Francisco condensó su pensar, querer y vivir en fórmulas como éstas: "La regla y vida de los hermanos menores consiste en observar el Evangelio de Jesucristo (viviendo en obediencia, sin nada propio y castamente)": Quiero seguir las huellas de Nuestro Señor Jesucristo; "...nadie me enseñaba lo que yo quería hacer; fue el mismo Altísimo quien me mostró que debía vivir según la forma del Santo Evangelio" (2). **EL SEGUIMIENTO DE CRISTO VIVIENDO EL EVANGELIO** fue la vocación de Francisco y así la plasmó en sus escritos para todos aquéllos que a través de los tiempos hicieran suyo el ideal evangélico con los matices que él aportó.

Francisco encontró a Cristo (o Cristo se cruzó en el camino de Francisco; esto me parece más real, dado el sentido de la fe y de la vocación-llamada) y se empeñó en seguirlo. Es aquí donde surgen las modalidades de este seguimiento y las consecuencias de dicho empeño, cuyo primer lugar está ocupado por la pobreza (la no propiedad, con sus variantes de minoridad, pequeñez, simplicidad y servicio), seguida muy de cerca por la obediencia (a Dios, a la Iglesia, a la Regla, al grupo y al responsable del mismo) y por la castidad liberadora. Este seguimiento de Cristo y las consecuencias que le son inherentes será la meta del grupo, porque Francisco no concibe esta vida como esfuerzo de individualidades, sino como ideal de unos hermanos que viven agrupados en fraternidad itinerante y se

animan mutuamente en sus carencias y debilidades.

**VIVIR EL EVANGELIO,
SEGUIR A CRISTO,
POBRE, OBEDIENTE, CASTO,
ES EL OBJETIVO DE LA
FRATERNIDAD
FRANCISCANA.**

El ser pobre, pues, según Francisco, no arranca ni termina en la pobreza. El hacerse pobre es, simplemente, el primer paso, obligatorio por demás, que Francisco tuvo que dar cuando sintió la llamada del Señor en su vida y la invitación a seguirle.

LA POBREZA

Una vez localizada la pobreza y situada en la perspectiva que le corresponde, es más fácil considerar en qué consiste, tanto externa como internamente, sin detenernos, aunque sería interesante, en el poder de aglutinamiento que ella posee para una fraternidad, ni en la motivación escatológica y el valor de signo que Francisco le atribuye.

La pobreza es, sin duda, uno de los rasgos más importantes en la vida de Francisco. Cuando él, junto a sus hermanos, escuchó y comprendió las palabras del Señor: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres" (3), su primera preocupación fue la de ser verdaderamente pobre. Tomó las palabras del Evangelio al pie de la letra y trató de realizarlas con toda simplicidad y sin ninguna restricción.

POBREZA EXTERNA. La primera condición, absolutamente indispensable, que Francisco exige para poder entrar en la fraternidad es que los candidatos "vendan todas sus cosas y las den a los pobres" (4), al tiempo que impide a los demás frailes desear o recla-

mar los bienes de quienes entran en la fraternidad y entrometerse en sus negocios temporales (5); si algo reciben de ellos, que no pase de una limosna, como los otros pobres.

El vestido de sus hermanos será pobre y ligero. Como prescribe el Evangelio, no usarán calzado, salvo en caso de necesidad (6). Cuando van de camino no llevarán bolsa, ni saco, ni pan, ni dinero, ni bastón, ni montarán a caballo, a no ser que estuvieren aquejados de alguna enfermedad o que lo necesitasen (7).

Francisco, un tanto alérgico a la instalación de sus frailes, reconoció al final de su vida la necesidad de recibir conventos e iglesias, siempre que su edificación sintonizara con la pobreza prometida (8) y las habitaciones sirvieran sólo para orar y dormir. La itinerancia parecía obsesionar a Francisco y por ello amonesta a los suyos para que nunca consideren como propiedad particular o colectiva ni casa, ni convento, ni iglesia, ni cualquier otra cosa; antes bien, deberán hospedarse en ellos como peregrinos y extranjeros (9). Peregrinos, extranjeros y huéspedes no se detienen mucho tiempo en un lugar fijo, ni disputan a nadie la propiedad de un determinado espacio, porque siempre van de paso; así el fraile menor no tiene ningún derecho jurídico sobre las edificaciones (10). En este mismo sentido es como deben entenderse las prescripciones del Testamento, que a continuación traducimos libremente por temor a que la literalidad encubra el dramático abandono en que Francisco deja a los suyos:

“Mando firmemente y por obediencia que mis frailes, estén donde estén, no se atrevan a pedir recomendaciones

de ningún tipo a la Curia Romana, ni lo hagan ellos ni se valgan de terceras personas para hacerlo; tampoco alegando que se trata de defender conventos, ni con pretexto de querer predicar en aquel lugar donde se lo impiden y ni siquiera para pedir protección cuando les persigan. Si en alguna parte no les reciben, huyan a otro sitio con la bendición de Dios” (Testamento de S. Francisco).

Francisco refuerza esta pobreza externa con otras prohibiciones, entre las que destaca el uso del dinero. Las vivencias junto a su padre, el gran mercader Pedro Bernardone, le avisaron suficientemente sobre el peligro de las riquezas para una vida cristiana. Evitando, pues, el dinero (11) excluye uno de los procedimientos usados para asegurarse la existencia.

POBREZA INTERNA. Todo lo que hemos visto hasta aquí, referido a la pobreza externa según los escritos de Francisco, no es más que la expresión plástica de una pobreza mucho más profunda, de una actitud interior que abarca al hombre entero en lo que tiene de más personal e íntimo.

Posando la mirada sobre sus Admoniciones encontramos a Francisco y a sus hermanos desarraigándose hasta de su propia voluntad, y esto en términos de “posesión-apropiación”, quizás para dar más relieve a la vacuidad de una renuncia material que no vaya acompañada del desapego al propio yo. La “expropiación” le lleva a enraizar la misma obediencia en el “mysterium paupertatis”, enrolando, así, tanto al que debe obedecer como al que ejerce autoridad sobre otros; el primero renunciará a todas sus cosas poniéndolo

se al servicio del responsable (comentando a Lc. 1,33) y el segundo se gloriará tanto de su prelación como de lavar los pies a los frailes, porque ningún hermano debe tener poder o señorío sobre los demás, ni dentro de la fraternidad ni fuera de ella, ya que el verdadero pobre sabe que no tiene ningún derecho, sino que todo le ha sido concedido a título de gracia, como una limosna (12).

Hasta el juicio que un hermano formula en su interior sobre la conducta irregular de otra persona es considerado por Francisco en un contexto de pobreza. Así, cuando un fraile llega a irritarse y a montar en cólera por el pecado de otro "atesora culpa sobre sí mismo", y por otra parte, el que no se aira ni conturba por la falta de otro hermano "vive rectamente y sin nada propio" (13), en este caso, sin la ilusión de sus virtudes y sin la posesión de creerse mejor que el pecador manifiesto. En conexión con el mismo tema, Francisco se muestra gran conocedor del orgullo humano cuando comenta a Mt. 5,3: "Bienaventurados los pobres de espíritu...", fijándose precisamente en quienes entregados a oraciones, abstinencias y mortificaciones de su cuerpo se desazonan ante cualquier comentario que desdice de sus personas o por cualquier niñería que les arrebatan. "Estos no son verdaderamente pobres de espíritu, porque quien es verdaderamente pobre de espíritu se odia a sí mismo y ama de veras a los que le hieren en la mejilla" (14). En esta Admonición se contiene el criterio infalible de haber renunciado a uno mismo: el amor a los enemigos.

Esta pobreza interior ante uno mismo y ante los demás culmina en la inseguridad del pobre ante el mismo Dios. Es una tendencia

del hombre, frente al Dios impenetrable, buscar un refugio seguro en la piedad y, a fuerza de exhibiciones ascéticas, obligarle a estar de su parte, aferrándole para siempre con sus méritos. Francisco reacciona fuertemente contra tal actitud: "Bienaventurado el siervo que devuelve y entrega todos los bienes al Señor Dios. Porque quien retuviere algo, esconde en sí el dinero de su Señor, y lo que juzga tener se lo quitarán" (15).

Dios es el único autor de todo bien. El es quien a través de nosotros obra todos los bienes... Toda ciencia se debe al Señor y ninguno debe envidiar lo que El hace o dice por medio de otro hermano, pues esto sería blasfemar y envidiar al mismo Dios. El nos salvará por su misericordia y sólo con su gracia podremos llegar a El (16).

Sin esta pobreza interior, sin este abandono ilimitado a la gracia y misericordia de Dios, la pobreza externa degenera en caricatura, observantismo legalista y fariseísmo; la antípoda del cristiano y del franciscano.

El ideal de pobreza que Francisco sintió y vivió lo expresó con estas palabras: "No conservéis nada de vosotros para vosotros mismos, a fin de que os reciba enteramente el que se ofrece todo a vosotros (Cristo)" (17).

EL TRABAJO Y LA LIMOSNA

Francisco se muestra austero y bastante radical en lo que respecta a posesión de bienes, no quiere ver a los suyos marcados por el sello del poder económico ni constituidos en señores de los demás. Para que esto resulte verificable, ya hemos visto el abandono tan radical en que sitúa a sus hermanos y la indigencia, incluso en la

parte de seguridades espirituales, que les deja como herencia.

Con el correr del tiempo y pese a las advertencias del fundador, los franciscanos fueron instalándose en posiciones más cómodas, por seguras e institucionalizadas, que borraban el riesgo de lo nuevo al estar avaladas por la tradición. Lo que al principio fue itinerancia cedió el paso a la fijación en lugares conventuales; aquella espontaneidad de rezar en las iglesias que encontraban en su camino cristalizó en el recitar armónico y fijo del Oficio Divino; la "observancia del Santo Evangelio" sufrió una transformación nada accidental y desembocó en la "santa observancia" como ideal del religioso perfecto.

Pero no se detuvieron aquí las evoluciones; también la pobreza experimentó su correspondiente metamorfosis, y de ser el primer paso obligado en el seguimiento de Cristo se mudó en un ideal en sí misma, casi con propia autonomía y, además, elevada a la categoría de distintivo de los franciscanos.

No es, pues, de extrañar que ante tales mutaciones los franciscanos también confundieran la pobreza con la limosna y llegaran a establecer como medio normal de subsistencia "pedir de puerta en puerta" y gozar del favor caritativo de los grandes señores. De este modo establecieron el principio de la limosna e hicieron norma absoluta lo que en el pensamiento y escritos de su fundador era un mero recurso para cuando fallara el procedimiento normal usado por todos los hombres: el trabajo. Hasta tal punto cuajó la tradición limosnara que en el Código de Derecho Canónico los franciscanos son calificados de "orden mendicante" y aún quedan conventos, rara avis, eso sí, con un

hermano limosnero que llena la alforja de caridad popular. ¿Simbolismo? ¿Nostalgia? ¿Simplicidad?

Francisco pensaba de este otro modo.

Según su costumbre (ingenua a veces), partiendo de unos textos bíblicos, descubre el *por qué* del trabajo ("Del trabajo de tus manos comerás...; el que no quiera trabajar que no coma") y *cómo* el hecho de entrar en la fraternidad no debe cambiar para nada la personalidad externa del convertido ni usarse como trampolín para escalar puestos dignatarios ("Cada cual permanezca en el ejercicio de aquel trabajo en que fue sorprendido por la vocación") (18).

— "Los hermanos que saben trabajar, trabajen y ejerzan su oficio, siempre que no vaya contra su alma y puedan practicarlo honestamente..." (19).

— "Aquellos hermanos a los que el Señor concedió la gracia de trabajar, trabajen..., pero de tal modo que no sean absorbidos por el trabajo" (20).

Es el trabajo para Francisco una gracia de Dios y quiere que sea practicado por todos los hermanos, al mismo tiempo que advierte cautelosamente el peligro que encierra cuando se emplea con fines poco honestos o cuando puede obcecarse a las personas que llegan a embrutecerse por el mismo. El trabajo no debe extinguir en los hombres el espíritu de oración, ya que las cosas temporales están puestas al servicio de las espirituales (21). No quiero caer en el tópico de modernizar demasiado a un santo del siglo XIII, pero estoy seguro de que Francisco de Asís habría visto con buenos ojos y algo de júbilo la actual postura de la Iglesia que

no quiere dejar al hombre abandonado al atosigamiento laboral y sin la posibilidad de tiempo libre para el ocio recuperador y el cultivo del espíritu.

— “A cambio de su trabajo reciban las cosas necesarias para el cuerpo, tanto para ellos como para sus hermanos... Y esto háganlo humildemente (como conviene a los siervos de Dios y a los seguidores de la santísima pobreza)” (22)

No hay lugar a dudas. El trabajo es el medio normal para adquirirse el sustento en la fraternidad franciscana. De la remuneración vivirán los frailes obreros, los que ejercen variados servicios en la fraternidad y de un modo especial los enfermos y ancianos, que por encontrarse impedidos no pueden cooperar materialmente, pero sí de un modo provechoso para la unión de todos y para la dinámica caritativa del grupo. Parece no ser muy conforme al pensamiento de Francisco la existencia de asilos-enfermerías para religiosos; en estas casas ciertamente hay esmerada atención y pronto servicio, pero, al mismo tiempo, privan a las comunidades activas de una edad preciosa o de unos cuerpos dañados, que proporcionarían infinidad de ocasiones para el amor y el servicio desinteresados (23).

— “Todos los hermanos, cuando sirvan o trabajen en casa ajena, no sean mayordomos, ni secretarios, ni tengan en la casa alguna presidencia u oficio que engendre escándalo o detrimento a su alma; mas sean menores y súbditos a todos los que están en la misma casa” (24).

En los monasterios el trabajo se desarrollaba dentro de los límites monacales y no sabemos de monjes que se desplazaran a casas particulares para ejercer su oficio. La actividad laboral estaba orientada a cubrir las necesidades de los monjes y a hacer viable el “ora et labora”. Todo quedaba en casa. Frecuentemente las circunscripciones monacales llegaron a ser importantes centros de riqueza.

Asimismo Francisco considera que todos sus frailes deben aprender un oficio y trabajar (Testamento), no sólo para recibir el precio de su trabajo y poder vivir, sino también para dar ejemplo y ahuyentar la ociosidad. Sin embargo, no fija los límites del trabajo al recinto conventual; es más, al hablar de él lo sitúa fuera del lugar donde viven los frailes y siempre hace mención del salario (25).

Procediendo de este modo, evita la tentación de crear fuentes económicas en las residencias de los hermanos. Al no tener la fraternidad un trabajo determinado dentro de la casa, sino que cada uno hace fuera lo que sabe y percibe lo que le corresponde, ya no existe la posibilidad de defender ninguna empresa económica como propia, no hay que perder el sueño para que el negocio no decaiga, no surgirán pleitos ni contiendas, no harán falta grandes economistas ni una organización demasiado estructurada... Es una familia de pobres y como tales deben comportarse hasta en el trabajo, para que así resplandezca ante todos los hombres lo único que les unió: el seguimiento de Cristo y el empeño en vivir su Evangelio.

Otro logro, no menos importante, es, por una parte, el de eludir trabajos que puedan provocar escándalo en quienes les contem-

plan (adquisición de pingües ganancias, p. e.) y, por otra, el no identificarse con los dueños de la hacienda ni representar a sus personas e intereses con tanto celo que se vean obligados a abusar de los propios compañeros de trabajo. Para ello, "no sean mayordomos, ni secretarios, ni presidan sobre los demás". Creo que siempre estará más acorde con el pensamiento franciscano "ser menores y sujetos a todos" para poder defender, en ocasiones, no al opresor, sino al oprimido.

¿Qué hacer con nuestras empresas de actualidad, aunque estén orientadas a fines tan nobles como el mantenimiento de seminarios menores? ¿Cómo armonizar la dirección y presidencia (no ya en propiedades ajenas, sino en las nuestras) sobre un considerable contingente humano con el querer de Francisco? Ahí está su pensamiento y aquí parte de la realidad franciscana. Pero quizás a nivel colectivo estos interrogantes no acucien en demasía a las conciencias y ni siquiera se trate de justificar y armonizar Francisco de Asís con franciscanismo actual, sino de echar una espesa cortina a estas preguntas, mientras se prepara una dulce eutanasia a ciertas instituciones.

— "Los hermanos pueden tener las herramientas e instrumentos necesarios para su trabajo" (26).

Francisco no escatima consejos para que los suyos puedan practicar la pobreza. Pero en lo tocante al trabajo parece tener una concepción tan clara sobre su íntima relación con la pobreza, que no duda en permitir a sus frailes los instrumentos necesarios para el desempeño de los respectivos oficios. Luego vendrán los más pobres que el mismo Francisco y

buscarán difíciles equilibrios, hasta llegar a fijar el número de libros que puede tener un predicador, o si una máquina de escribir es falta de pobreza.

Pero si consideramos que en las órdenes franciscanas la fuente de interpretación ha sido fundamentalmente la Regla bulada o definitiva, la aprobada por la Iglesia, no debemos extrañarnos de la autoridad con que de ella emanaban conclusiones tajantes. En la actualidad, gracias al estudio científico de las fuentes del franciscanismo, la mirada interpretativa descansa sobre el conjunto del pensamiento de Francisco, reflejado en sus escritos, y así resulta más factible conocer su espíritu y hacerlo vivo, antes que escarbar denodadamente en el sentido jurídico de una sola regla que, por otra parte, nada tiene de común con un código de derecho, por más que de ella se sacaran tantos preceptos y tan pocos consejos.

— "Yo trabajaba con mis manos y quiero seguir trabajando; y todos los demás hermanos quiero que trabajen en un oficio honesto. Y los que no saben, aprendan... Y cuando no nos den salario correspondiente a nuestro trabajo, acudamos entonces a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta" (27).

Francisco ha exhortado afablemente a todos sus hermanos para que trabajen y ha llamado al trabajo "gracia del Señor", insistiendo, al mismo tiempo, en que la practiquen aquéllos que la recibieron. Ya al final de su vida, agitado por la contraposición entre el ideal que persigue y la interpretación que de él hacen sus coetáneos, turbado y molesto por el zanganismo de algunos hermanos que vi-

vían a costa de los demás y andaban vagando ininterrumpidamente, exclamó breve pero tajantemente: "Y LOS QUE NO SABEN TRABAJAR, APRENDAN". Es rotundo el imperativo de Francisco y pocas interpretaciones benignas pueden endulzarlo. Sin embargo, la historia ha demostrado que pocas veces se tomó en serio dicha cláusula, mientras que la limosna pronto adquirió carta de ciudadanía en los medios franciscanos.

A fuer de sinceros, hemos de reconocer que Francisco, a medida que aumentaba el número de hermanos, experimentó ciertas evoluciones o cambios en algunos puntos de su pensamiento, y en lo que se refiere al trabajo-limosna, tenemos un ejemplo. En el capítulo IV de la Regla no bulada se llama trabajo al oficio de pedir limosna; en el capítulo 6 de la Regla bulada la limosna es considerada como ejercicio de humildad y característica de la itinerancia. Pero en el Testamento, poco antes de morir, ya no hay lugar a confusiones: por trabajo se entiende el trabajo manual y a la limosna se le llama "mesa del Señor", a la cual tenemos acceso únicamente cuando no nos dieran el salario correspondiente al esfuerzo de nuestro trabajo.

CONCLUSION

1.—Los escritos de Francisco son una fuente inagotable para la revisión de la vida franciscana porque nos muestran el pensamiento genuino del santo fundador sin retoques ni interpolaciones partidistas. (Hasta épocas recientes no se han empleado como puntos de reflexión y corrección, quizás porque las leyendas y biografías mostraban el ideal franciscano más poéticamente y no con menos ambivalencias confusionistas).

2.—Gracias a esta fuente hemos podido entrever el verdadero lugar ocupado por la pobreza en la trayectoria espiritual de Francisco de Asís, al tiempo que intentábamos desvanecer algunos defectos ópticos, que nos la mostraban como algo valedero en sí mismo y ocupando el epicentro del movimiento franciscano. Sí, cierto que la pobreza es muy importante en el seguimiento de Cristo (él mismo vivió pobremente), pero no tanto que pueda reemplazar al único Señor, de quien Francisco se erigió en trovador y juglar, siguiendo las costumbres medievales (y por no eliminar absolutamente las leyendas que lo manipularon una vez desaparecido).

3.—Para algunos cristianos de hoy, tan preocupados por no perder el equilibrio entre los "pobres" de Lucas y los "pobres de espíritu" de Mateo, quizás sirva de ayuda la visión que Francisco tiene de la pobreza: tanto interna como externa, y ésta como expresión plástica de aquélla, porque ningún desposeído o abandonado es verdaderamente pobre hasta que no ha conseguido amar a los enemigos.

4.—El Consejo Plenario de la Orden Franciscano-Capuchina, reunido en Quito del 4 al 24 de octubre de 1971, se expresa en estos términos al hablar de la pobreza:

POBREZA: "No cabe auténtica y verdadera renovación si la pobreza, tanto individual como colectiva, no es visible inmediatamente como manifestación de una realidad interior y tan explícita que no necesite de explicaciones ni dé lugar a subterfugios" (28).

Entre los criterios de revisión en el uso de los bienes destaca: Los bienes sociales "no pueden ser considerados solamente en razón de la utilidad de una persona o de un grupo, sino de todos los hom-

bres”; “La pobreza evangélica ‘que para nosotros es camino especial de salvación’ (Const. 2) nos debe llevar no sólo a la distribución de los bienes superfluos, sino a repartir aun nuestros bienes necesarios” (29).

TRABAJO: Hablando del testimonio personal de pobreza dice: “El trabajo prolongado y pesado es por sí mismo un signo preclaro de pobreza, por el que se nos reconoce como identificados con los pobres... Mientras que la pereza y el descuido en el empleo del propio talento es contrario a la pobreza” (30).

LIMOSNA: El testimonio común de pobreza es ineludible y no menos comprometido: Los bienes inmuebles de la Orden han de ser revisados juntamente con la comunidad de la Iglesia local (31); “Todas las posesiones de la Orden, en especial, campos, huertos y construcciones, que ya no son necesarios, y los demás bienes que no dicen bien con nuestra vida, deben ser enajenados o destinados a uso social. Y aquéllos que todavía son necesarios han de conformarse a los principios y exigencias de la pobreza franciscana, habida cuenta de las condiciones sociales de la región y de la población a la que hemos de dar testimonio de nuestra pobreza”; “Los bienes que no sean necesarios y que no puedan ser destinados inmediatamente en beneficio de los pobres o del tercer mundo no deben ser recibidos, aun cuando nos fueran ofrecidos espontáneamente”; “Por lo que hace a los Santuarios encomendados a nosotros, examínese hasta qué punto es necesaria nuestra presencia en ellos; y no habiendo tal necesidad, sean abandonados. Y en adelante no sean construidos por nosotros nuevos santuarios, ni se acepten los que nos fueren ofrecidos, ya que

absorben excesivo número de religiosos, que podrían emplearse sobre todo en las misiones y en el servicio de los pobres. Evítese la recaudación de dinero no conforme con nuestro espíritu de pobreza...” (32).

Creo que este punto, basado en el Consejo Plenario celebrado en Quito, es el que mejor sintetiza “la pobreza, el trabajo y la limosna según San Francisco” y el que mejor traduce el pensamiento del santo, facilitando asimismo su lectura a los hombres de nuestro tiempo.

Es cierto que Quito no habla de la limosna, pero sí de los sustitutos de la misma. Este documento da por extinguida la imagen del fraile menor que recorre las calles buscando la caridad limosnera (?), pero no oculta las suplencias que de la limosna se han ido haciendo a lo largo de la historia y que aún perviven en muchos sectores de las distintas ramas franciscanas.

La limosna, el recurso a la “Mesa del Señor”, no debe permitirse, según el último pensamiento de Francisco, si antes no se ha trabajado y el fruto del trabajo no ha sido suficiente para cubrir las necesidades más perentorias. Creo, no obstante, que hay algo más contrario todavía a Francisco que el pedir limosna sin antes haber trabajado, y esto es: asegurarse la vida material (comida, vestido, residencia...) con procedimientos que lesionan la más elemental justicia cristiana, aunque se mantengan larvados bajo capas de religiosidad. ¿Qué pensar de las islas privilegiadas que son hoy muchos conventos nacidos antaño en las afueras de las ciudades? ¿Cómo justificar la venta de terrenos conventuales, sabiendo que los más beneficiados son, no precisamente los pobres, y sí las inmobiliarias? ¿Qué explicación dar a los ingre-

sos obtenidos en los santuarios, primicias de la piedad popular traumatizada por los milagros? Quizás se apacigüen las conciencias con el saberse "jornaleros en la viña del Señor", pero el mismo Francisco que al principio llamó trabajo al ejercicio de la limosna, en el último momento de su vida

exclamó: "QUIEN NO SEPA TRABAJAR, QUE APRENDA".

POBREZA, TRABAJO, LIMOSNA, canción a tres voces que la primera fraternidad franciscana supo interpretar, que en algunas épocas de la historia también dejó sentir su armonía, pero que hoy anda buscando pentagrama donde posar nuevamente sus notas.

NOTAS

- (1) *Opuscula Sancti Patris Francisci Assisiensis*, sec. codices mss. emendata et denuo edita a PP. Collegii S. Bonaventurae, Editio tertia (Quaracchi, 1949). Todas las citas de los escritos de San Francisco las haremos según esta obra (OPUSCULA...). Sólo daremos la sigla de cada escrito, y éstas son las principales: Rnb = Regla no bulada; Rb = Regla bulada (o definitiva); Test. = Testamento; Adm. = Admoniciones.
En español tenemos a J. R. de Legisima y L. Gómez Canedo, OFM; "*San Francisco de Asís. Escritos y Biografía*" (BAC), Madrid, 1965, ed. 4.^a.
- (2) Rb, cap. I; Cfr. Rnb, cap. I, "Ultima voluntas, quam scripsit S. Franciscus S. Clarae" y Adm VI; Test.
- (3) Mat. 19, 21; Rbn, cap. II; Rb, cap. II.
- (4) Ibidem.
- (5) Cfr. Rb, cap. II y Rbn, cap. II.
- (6) Cfr. Rb, cap. II.
- (7) Los verdaderos Menores no deben cabalgar, porque era éste un privilegio de la nobleza y de la busguesía. Lo que importa, pues, es que los hermanos no deben aparecer como ricos y distinguidos, sino como gente pobre, como los "menores" de aquella sociedad.
- (8) Cfr. Test.
- (9) Cfr. Ibidem y Rb, cap. XI.
- (10) Cfr. Rbn, cap. VII.
- (11) En aquel tiempo (siglo XIII) el DINERO era un valor real convertible en cualquier momento y en cualquier parte. Constituía un título de seguridad para la vida, para el mañana. Los menores, la gente pobre de aquella sociedad no poseía dinero porque tampoco el trabajo se retribuía con dinero. El dinero representaba entonces un verdadero capital, un medio de producción, mientras que hoy difícilmente podemos servirnos para intercambios comerciales, pero sólo en base a un valor convencionalmente establecido.
- (12) Cfr. Adm. II y III, Rbn, cap. XVII, Adm. IV y Rbn, cap. V.
- (13) Adm. XI.
- (14) Adm. XIV.
- (15) Adm. XIX.
- (16) Cfr. Rbn, cap. XVII, Adm. VII y VIII, Rbn, cap. XXIII y Carta al Capítulo (p. 107).
- (17) Carta al Capítulo (p. 103).
- (18) Rbn, cap. VII.
- (19) Cfr. Ibidem.
- (20) Cfr. Rb, cap. V.

- (21) Cfr. *Ibidem*.
- (22) Cfr. *Ibidem*.
- (23) Cfr. Rb, cap. VI y Adm. XXV.
- (24) Cfr. Rnb, cap. VII.
- (25) Cfr. Rnb, cap. VII; Rb, cap. V y Test.
- (26) Cfr. Rnb, cap. VII.
- (27) Cfr. Test.
- (28) CONFERENCIA IBERICA CAPUCHINA (C.I.C.): "*Documentos del Consejo Plenario de la Orden Franciscano-Capuchina*", Madrid, 1973. Primera reunión del Consejo Plenario de la Orden en Quito (Ecuador), los días 4 al 24 Octubre 1971. Capítulo III: El testimonio de pobreza en el uso de los bienes, n.º 2, pág. 31.
- (29) C.I.C., o. c., n.º 3, a) y b), pág. 32.
- (30) C.I.C., o. c., n.º 4, a) y b), págs. 32-33.
- (31) C.I.C., Cfr. o. c., n.º 7, pág. 34.
- (32) C.I.C., o. c., nos. 8, 10 y 13, págs. 34-36.

BIBLIOGRAFIA GENERAL USADA COMO ORIENTACION

- ESSER, K., OFM: "*Thèmes Spirituels*", Editions Franciscaines (Paris, 1958).
- FRATI MINORI TEDESCHI: "*Introduzione alla Regola francescana*". Edizioni Francescane "Cammino" (Milano, 1969).
- DA CAMPAGNOLA, S. OFM Cap.: "*Biografie e cronache del duecento francescano*", Perugia, 1970.
- DESBONNETS-VORREUX: "*Saint François d'Assise*" - "DOCUMENTS", Ed. Franciscaines, Paris, 1968.
- ESSER, K., OFM: "*Das Testament des h iligen Franziskus von Assisi*", Münster, Westfalen, 1949.